PARÍS, EL ARTE DE *FLANEAR*
Domingo Faustino Sarmiento

Setiembre 4 de 1846

El español no tiene una palabra para indicar aquel *far niente* de los italianos, el *flâner* de los franceses, porque son uno y otro su estado normal. En París esta existencia, esta beatitud del alma se llama *flâner*. *Flâner* no es como *flairer*, ocupación del ujier que persigue a un deudor. El *flâneur* persigue también una cosa, que él mismo no sabe lo que es; busca, mira, examina, pasa adelante, va dulcemente, hace rodeos, marcha, y llega al fin... a veces a orillas del Sena, al boulevard otras, al Palais Royal con más frecuencia. *Flanear* es un arte que solo los parisienses poseen en todos sus detalles; y sin embargo el extranjero principia el rudo aprendizaje de la encantada vida de París por ensayar sus dedos torpes en este instrumento del que solo aquellos insignes artistas arrancan inagotables armonías. El pobre recién venido, habituado a la quietud de las calles de sus ciudades americanas, anda aquí los primeros días con el Jesús en la boca, corriendo a cada paso riesgo de ser aplastado por uno de los mil carruajes que pasan como exhalaciones, por delante, por detrás, por los costados. Oye un ruido en pos de sí, y echa a correr, seguro de echarse sobre un ómnibus que le sale

al encuentro; escapa de este y se estrellará contra un fiacre si el cochero no lograra apenas detener sus apestados caballos por temor de pagar los dos mil francos que vale cada individuo reventado en París. El parisiense marcha impasible en medio de este hervidero de carruajes que hacen el ruido de una cascada; mide las distancias con el oído, y tan certero es su tino que se para instantáneamente a una pulgada del vuelo de la rueda que va a pasar, y continúa su marcha sin mirar nunca de costado, sin perder un segundo de tiempo.

Por la primera vez de mi vida he gozado de aquella dicha inefable, de que solo se ven muestras en la radiante y franca fisonomía de los niños. *Je flâne*, yo ando como un espíritu, como un elemento, como un cuerpo sin alma en esta soledad de París; ando lelo; paréceme que no camino, que no voy sino que me dejo ir, que floto sobre el asfalto de las aceras de los baluartes. Solo aquí puede un hombre ingenuo pararse y abrir un palmo de boca, contemplando la Casa Dorada, los Baños Chinescos, o el Café Cardinal. Solo aquí puedo a mis anchas extasiarme ante las litografías, grabados, libros y monadas expuestas a la calle en un almacén; recorrerlas una a una, conocerlas desde lejos, irme, volver al otro día para saludar la otra estampita que acaba de aparecer. Conozco ya todos los talleres de artistas del boulevard, la casa de Aubert en la plaza de la Bolsa, donde hay exhibición permanente de caricaturas; todos los pasajes donde se venden esos *petits riens* que hacen la gloria de las artes parisienses. Y luego las estatuetas de Susse y los broncees por doquier, y los almacenes de *nouveautés*, entre ellos uno que acaba de abrirse en la Calle Vivienne con doscientos dependientes para el despacho, y 2000 picos de gas para la iluminación.

Por otra parte, es cosa tan santa y respetable en París *flâner*; es esta una función privilegiada, en que nadie osa

interrumpir a otro. El *flâneur* tiene derecho de meter sus narices por todas partes. El propietario lo conoce en su mirar medio estúpido, en su sonrisa en la que se burla de él, y disculpa su propia temeridad al mismo tiempo. Si Ud. se para delante de una grieta de la muralla y la mira con atención, no falta un aficionado que se detiene a ver qué está Ud. mirando; sobreviene un tercero, y si hay ocho reunidos, todos los pasantes se detienen, hay obstrucción en la calle, *atropamiento*. ¿Este es, en efecto, el pueblo que ha hecho las revoluciones de 1789 y 1830? ¡Imposible! Y sin embargo ello es real: hago todas las tardes sucesivamente dos, tres grupos para asegurarme de que esto es constante, invariable, característico, maquinal en el parisiense.

En otro signo he reconocido el pueblo de las grandes cosas, el brazo de hierro de las ideas. Aquel francés terror de la Europa en los campos de batalla, aquel fautor y actor de las grandes revoluciones sociales que echa a rodar troncos cada diez años, es el hombre más blando, más atento, más comedido. El pueblo de blusa, como si dijéramos de poncho, el peón y el diputado son iguales en sus expresiones de comedimiento. *Ayez la complaisance... soyez assez bon pour...* cien frases más comienzan o concluyen una pregunta dirigida a otro. *S'il vous plaît* está por todas partes escrito para indicar la cuerda de una campanilla, el resorte que ha de tirarse. *Je vous demande bien pardon*, es el reproche que le hace a Ud. aquel a quien por inadvertencia ha pisado un pie, codeado fuertemente, o perturbado en su ocupación. El pueblo de París tiene la religión de la *adresse*. Si el extranjero pide la dirección de una calle, una casa que busca, un *forçat*, un bandido que en otra circunstancia lo despojaría, en esta se cree en conciencia obligado a decir lo que el pasante necesita, a interrumpir su camino. Por la incertidumbre de las miradas reconoce alguno al extranjero, y

se le acerca y le ofrece darle las señas que busca. Me ha sucedido ser así adivinado; echarme en la dirección indicada, perderme de nuevo, encontrar a mi hombre que me ha seguido y dádome de nuevo las señas; perderme tercera vez y mi ángel tutelar volver tercera vez a encaminarme. Y esto le ha pasado cien veces a todo extranjero, y es fama y opinión común que solo en Francia y sobre todo en París se encuentra esta benevolencia pública, esta bondad fraternal. Solo en París también, el extranjero es el dueño, el tirano de la ciudad. Museos, galerías, palacios, monumentos, todo está abierto para él, menos para el parisiense, a toda hora y en todos los días. Mostrar su pasaporte a la puerta es mostrar una firma ante la cual se quita el sombrero el conserje. Diga Ud. el mayor desatino: *poisson*, por *poison*, *veau* por *beau*, y ningún músculo de la fisonomía de la cara de un francés se agitará, porque el extranjero no está obligado a hablar bien su idioma; y no ha mucho que uno de mis amigos, molesto en un lugar siniestro por una turba de ebrios en andrajos, ¡Cómo!, les dijo apurado, ¿esto se hace con un extranjero en París? ¡Infames! Los beodos al oír la palabra *extranjero* empezaron a deshacerse en excusas y protestas, le acompañaron en silencio hasta mejores parajes, y se despidieron confundidos y humillados. Yo sabía, me decía, que esta era mi única tabla de salvación; haga Ud. lo que quiera en París, y diga que es extranjero. Y en efecto, de palco en palco y hablando perversamente el francés, logré no ha mucho en una gran revista que se daba a Ibrahim Pachá en el campo de Marte acercarme hasta el que ocupaba la familia real. *Mais où allez-vous, Monsieur?*, me decían los guardias; yo respondía en castellano puro con calor, con energía, y el pobre municipal me dejaba pasar, sospechando que algo de muy racional debía decir puesto que él no entendía jota. He

aquí la piedra de toque de la cultura intelectual de una nación, aunque no sea la de la instrucción del individuo.

Acaso no acierto a darle a Ud. una idea de París tal que pueda presentárselo al espíritu, tocarlo, sentirlo bullir, hormiguar. Haría si lo intentara muy huecas frases, llenaría páginas de descripción insípida, y Ud. no estaría más avanzado por eso. París es un pandemónium, un camaleón, un prisma. ¿Es Ud. sabio? Entonces París tiene sus colecciones, sus archivos, su Génesis encerrado en el Jardín de las Plantas, desde el primer molusco que sin sentirlo él dejó ver el primer rudimento de vida, desde el primer lagarto de los que poblaron durante millares de siglos la Tierra, llamándose con insolencia los señores de la creación, hasta el último cuadrúpedo en que la vida se ensayaba antes de la aparición del hombre. Ahí están petrificados todos nuestros antecesores; allí hay pedazos de todos los mundos pasados, rastros de los animales antediluvianos que de creación en creación pueden llamarnos a nosotros sus tataranietos. ¿Es Ud. astrónomo? Arago está montando un telescopio que acercará la Luna a seis leguas de París; y un tal Laverrier, que era ayer empleado en los ferrocarriles, anda persiguiendo en los espacios celestes, y llamando a todos los astrónomos que se aposten en tales y cuales lugares que él señala, para cogerlo al paso, a un planeta que él dice que hay en el cielo, porque debe haberlo por requerirlo así una demostración de las matemáticas. Humboldt acaba de escribir el credo de las ciencias naturales, dejando que cada cual levante su culto sobre aquella base de dogmas.

Si en lugar de antigüedades de la Tierra busca Ud. las de las sociedades humanas, en este momento están poniéndose en orden los bajos relieves y los fragmentos de palacios arrancados a Nínive que acaban de desenterrar en las llanuras del Tigris, mientras que otros se despestañan por

leer las escrituras grabadas en los ladrillos de la torre de Babel, que se están trayendo, para colocarlos al lado de los sarcófagos egipcios, de los cartuchos, que muestran por fechas, por cifras duras, de granito, que no se doblegan a interpretación humana, que hay veinte siglos más que añadir a la historia de la civilización del hombre.

¿Es Ud. literato? Entonces consagre un año a leer lo que publican cada día esa turba de romancistas, poetas, dramatas, que tienen en agitación los espíritus, que hacen de París una sociedad pueril, oyendo con la boca abierta a esa multitud de contadores de cuentos para entretener a los niños, Dumas, Balzac, Sue, Scribe, Soulié, Paul Feval, que os hacen llorar y reír, que inventan mundos y pasiones extrañas, absurdas, imposibles para entretener a este pueblo fatigado sin hartarse de sentir emociones, de hacerse pinchar los nervios con descripciones atroces, terribles, irritantes.

¿Es Ud. artista? Aún dura la exposición del Louvre de 1846. Dos mil cuatrocientos objetos de arte, cuadros, estatuas, grabados, jarrones, tapices de Gobelin, que ocupan legua y media en los salones del Louvre. Allí están los productos de la pintura religiosa que va a buscar sus asuntos en las tradiciones de la Edad Media, al lado de *La batalla de Isly*, inmenso lienzo de Horacio Vernet, que ha trasportado a París un pedazo del África con su cielo tostado, sus camellos, su atmósfera polvorosa, sus árabes indómitos ya domados. Detrás de cada cuadro hay un nombre, una escuela, una historia, un taller, un artista que ha pasado por todas las angustias, todas las miserias, todos los desencantos, y que con la paleta en la mano, y apartando el pensamiento del suicidio que rueda, susurra y voltejea en torno suyo, ha llegado al fin a la puerta del Louvre, y permitiéndosele colgar en sus murallas el cuadro que ha de servir de enseña para trabajar su gloria y su fortuna de artista.

¿Gústale los sistemas políticos? ¡Oh!, no entre Ud. en ese dédalo de teorías, de principios y de cuestiones. Una cosa hay extraña, en despecho de la aparente calma de esta ciudad enferma de fiebre cerebral. Diría Ud. que el mundo político está para acabarse; todos los signos son de un cataclismo universal; los hombres andan afanados registrando la historia de los tiempos pasados, compulsando las fechas, corrigiendo los errores, reproduciendo libros olvidados, tomando un camino y dejándolo al día siguiente para echarse en otro. Nadie es hoy lo que ayer era. Michelet está borrando apresurado las páginas de historia que había escrito, Châteaubriand en sus ochenta años llama a Béranger el único sabio y el único filósofo conocido, mientras que el *bonhomme* se ríe de todas las instituciones, de reyes y de oráculos. El socialismo cunde, y las novelas de Sue y los dramas lo predicán, lo exponen en perspectiva. La Mennais continúa alejándose de su punto de partida, y en medio de la gendarmería de las ideas dominantes, oficiales, moderadas, ve Ud. moverse figuras nuevas, desconocidas, pensamientos que tienen el aspecto de bandidos, escapados al baño, al presidio en que los han confundido con los criminales de hecho, ellos que no son más que revolucionarios. Una sola fisonomía del pensamiento francés ha desaparecido, no obstante ser ella la que pretendía amalgamar esta variedad de opiniones y de creencias contradictorias, el eclecticismo, que había hecho un mosaico de los sistemas, engañándose con la armonía del conjunto. Ha muerto de muerte natural como todas las cosas caducas, que no están fundadas en la verdad. Cuánto estudio y cuánta penetración necesita el viajero para entender su París por este lado. Yo desespero, y sin embargo empiezo a tener barruntos, a sentir que la lógica late en mi espíritu; me parece que veo de cuando en cuando señales, columnas

miliarias, linderos que muestran el camino que ha de seguirse en este laberinto. Déjeme tiempo, y yo he de sentir alguna vez que la convicción viene formándose, fortificándose, endureciéndose como aquellas rocas, que se ve que han sido al principio capas de arena movediza acumuladas por las aguas y removidas por los vientos.

De “París”, *Viajes por Europa, África y América* (1849)